

Lo que no aparece en los planos

Tres valoraciones del paseo de la Castellana, hacia 1860

Carlos Sambricio

Catedrático de Historia y Urbanismo. ETS de Arquitectura, Madrid

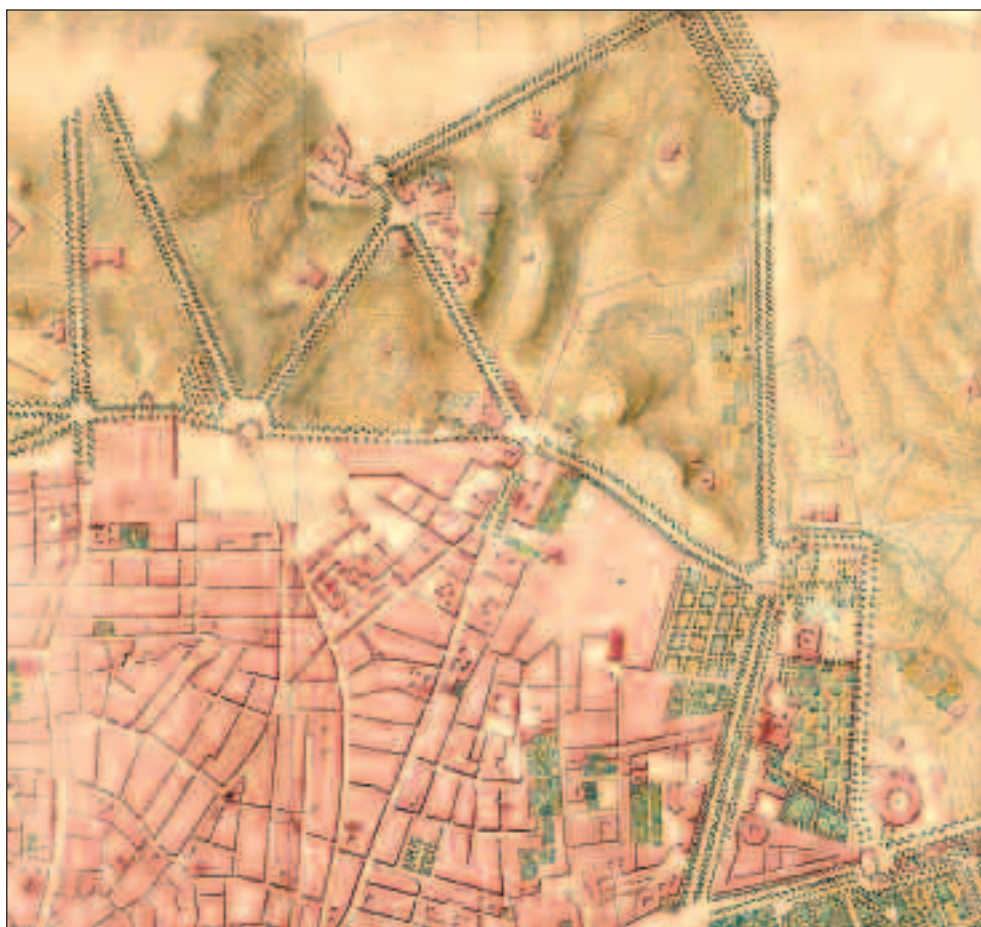
“**D**IME donde quedaron las viejas flores.” Hace algunos años **Eugenio Trías**, al teorizar sobre **La memoria perdida de las cosas**, apuntaba la existencia de dos memorias: una, la que formamos desde nuestros recuerdos y otra, bien distinta y más difícil de asumir, que refleja la realidad de lo que se presenta ante nosotros. Contemplar imágenes se convierte en ejercicio mediante el cual tendemos a superponer nuestro presente al pasado, lo cotidiano a lo desconocido, buscando identificar hitos y detectar puntos comunes con nuestra realidad, sin preocuparnos en comprender que realmente fue lo que se ofrece ante nosotros. Frente a ello, cabe entender que la imagen que contemplamos es solo parte de aquel pasado y que para valorar lo que se muestra es preciso conocer... lo que no aparece en la imagen. No se trata tanto de buscar imágenes complementarias como otras que muestren realidades distintas: porque solo podremos valorar lo que se presenta ante nosotros si aceptamos la complejidad de cualquier realidad,

Partamos de una base: nos interesa Madrid y nos interesan las imágenes de Madrid. Cabría, a la vista de un grabado cualquiera sobre determinado lugar de la ciudad, teorizar sobre la sociedad del momento. Pero comprender que fue, como se valoró y que función tuvo en un punto preciso de la historia solo se puede comprender si analizamos imágenes coetáneas concebidas desde criterios diferentes: y, para mejor explicarme, propongo como ejemplo el Paseo de la Castellana entre los años siguientes a la muerte de **Fernando VII** y los momentos anteriores al Anteproyecto de Ensanche de 1860: y para analizar cómo se valoró dicho paseo parto tres planos de Madrid.

Propuestas de futuro

El primero, fechado en 1837 –previo, por tanto, a las primeras propuestas conocidas de Ensanche para Madrid– refleja el viario de la ciudad antes que se iniciara la gran operación de reforma de las alineaciones de las calles, antes que la Puerta del Sol cambiara su trazado, antes que aparecieran en las inmediaciones de Montera los pasajes descritos por **Mesonero Romanos**. Todavía existen, en las inmediaciones de las puertas, terrenos baldíos y sabemos que la política desamortizadora quizás sea la causa de ese retraimiento en la edificación. Cabría

decir que el plano de 1837 refleja la realidad de la ciudad antes de las reformas urbanas llevadas a cabo por el capital inmobiliario francés e inglés que aparece Madrid traído, en parte, por los exilados que vuelven tras la muerte de Fernando. Sin embargo el plano presenta una sorprendente propuesta de futuro que hasta el momento no ha sido valorada y que, en mi opinión, refleja la ruptura epistemológica que se produce entre la ciudad histórica (una ciudad que ha crecido ceñida por la cerca y que nunca la superó) y lo que va a ser la ciudad que nosotros hoy conocemos.



Arranque de la Castellana en el plano de 1837 (detalle).

Lo singular del plano de 1837 radica en que su autor (y desconozco quien lo traza) propone continuar Castellana hacia el norte, más allá de lo que fuera la puerta de Recoletos, para lo que propone un paseo arbolado que, en determinado momento y ajustándose a la topografía de la ciudad, rompe el rígido eje Norte Sur que definieran los Prados. Hasta el momento, el camino de Madrid hacia el Norte (el camino de Fuencarral) partía tanto de lo que hoy sería San Bernardo como de Bilbao, dirigiéndose primero hacia Cuatro Caminos y luego hacia lo que conocemos como plaza de Castilla. Pero el único camino que salía de la Puerta de Recoletos era el que se encaminaba primero hacia la Puerta de Santa Bárbara y luego hacia Bilbao. Proponer entonces, como se hace en 1837, que los Prados rompieran el límite de la Cerca es un singular novedad que esboza lo que el luego será el eje Norte-Sur presente en los proyectos de **Fernández de los Ríos**, **Salaberry**, **Núñez Granes** o **Zuazo**. Pero entiendo que lo más singular e importante no es que proponga prolongar Castellana sino cuatro ideas implícitas en la propuesta.

La primera idea que sorprende en el proyecto es que se propone organizar un Paseo allí donde no existe ciudad, a casi kilómetro y medio de distancia de donde terminaba la ciudad. No se trata (como ocurriera en el XVIII) de “embellecer” la ciudad (transformando los caminos en paseos arbolados) sino que se busca, de manera sorprendente, de “urbanizar la naturaleza”. La segunda observación a hacer es que la Alameda propuesta es mucho más importante (por arbolado, amplitud del paseo y número de hilos) que el existente en el casco histórico; en tercer lugar, resalta que el nuevo Paseo que une Fuente de la Castellana con Fuente del Cisne y luego con Recoletos soporta y articula un conjunto de paseos laterales (“secundarios”) trazados entre Chamberí y Castellana que, sorprendentemente, se mantendrán tanto en la propuesta de **Merlo** para Ensanche de Madrid (de 1840) como en el Anteproyecto que en 1860 **Carlos María de Castro** presenta al Ayuntamiento. La propuesta, entiendo es evidente, no se propone como operación de embellecimiento sino como un proyecto especulativo que buscaba la recalificación y valoración del suelo comprendido entre lo que serían Santa Bárbara, Chamberí e Iglesias,



Plano de 1837.

puntos desde donde se trazaban paseos (los actuales Paseo del Cisne y la calle de José Abascal) que consolidaban el espacio propuesto. Y, buscando articular la trama, en el

plano aparece –bien trazado– lo que luego sería Zurbano.

Lo mas singular de la propuesta, en mi opinión, radica en un cuarto punto: por-



que aceptando que se trata de una propuesta de Ensanche ciudad, lo sorprendente es que la propuesta no pretende prolongar la trama urbana más allá del

límite de la cerca (continuar el viario) sino que define un nuevo tipo de lote urbano capaz de sustituir, como elemento generador de espacio, a la manzana. Queda

claro que la parte más valorada en la propuesta no es la más próxima a la ciudad sino la situada entre Fuente del Cisne de Fuente de la Castellana, reflejando cuan-

to la vocación de la propuesta no es prolongar Madrid y sí organizar una ciudad alternativa, distante de la existente y promovida precisamente por los propietarios de que el suelo. En momento en el cual se debate sobre la utopía comunitaria propuesta por **Fourier** y poco mas tarde difundida en España por **Considerant**, lo que aquí aparece es el primer ejemplo de ciudad zonificada, de lo que en los años finales se denominaría “ciudad segregada” (los parques urbanizados situados en el norte de la ciudad) de espacio urbano donde se fija y determina zona será ocupada por la clase alta y que otros espacios (los inmediatos a un Chamberí que en esos momentos reclama su identidad como núcleo de población) se destinan a población obrera y artesanal.

Una última idea, visto el plano, lleva a reflexionar –dado que el trazado pervive–, como he señalado, en la propuesta de **Merlo** y luego es asumido por **Castro** en aprobado anteproyecto de Ensanche sobre el poder que el capital inmobiliario tiene ya en esos momentos.

Objetivo militar

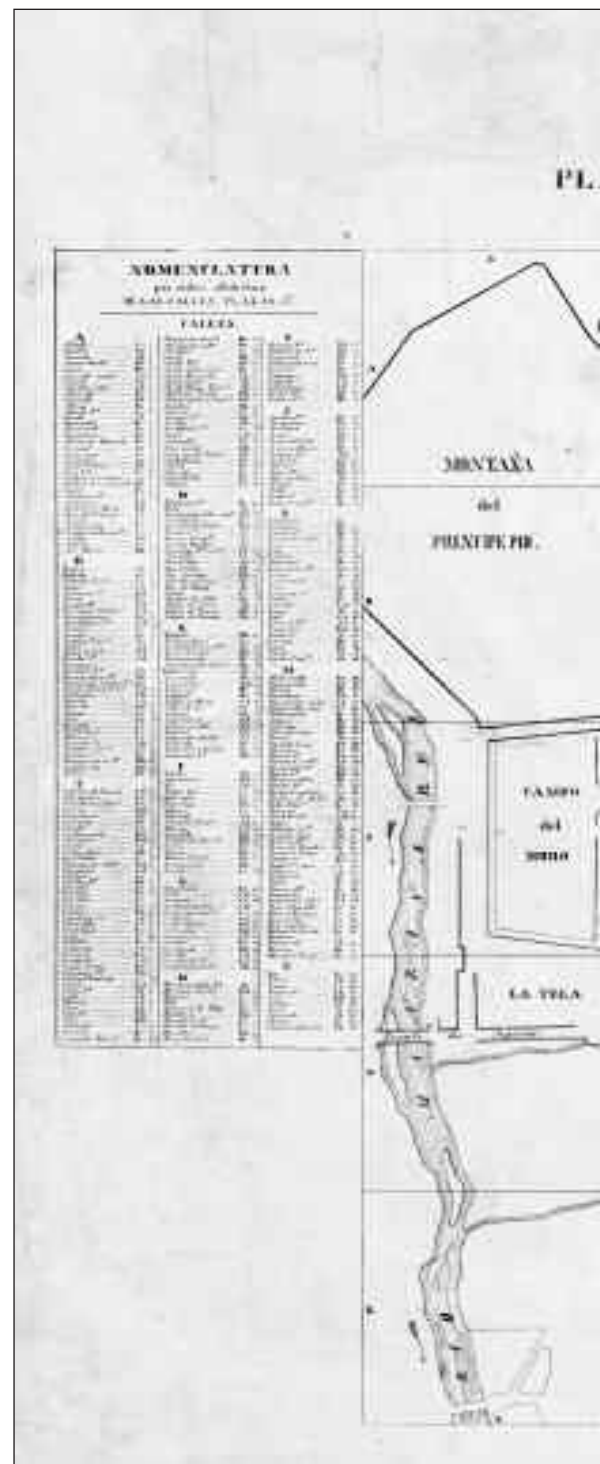
Un segundo documento –apenas quince años posterior– es un plano de Madrid, trazado tras la revolución de julio de 1854, en el que se especifica donde se situaron las barricadas para defensa de la ciudad. Cualquier libro de historia comenta los momentos de tensión que vivió Madrid en dicho mes y cual la reacción militar ante la posible ocupación de la ciudad. Frente a los testimonios sobre los acontecimientos, el plano refleja cuál fue la estrategia seguida en aquellos momentos y ofrece ejemplo de cómo hubo otra forma de entender lo que era el espacio urbano. Nada cuentan ahora los anteriores criterios de belleza o monumentalidad: la ciudad se valora desde donde situar las barricadas, donde conseguir un mayor daño del enemigo, donde poder encajonarle en espacios estrechos. Desde esta lógica, Castellana se presenta como frente abierto, donde ni una sola barricada defiende su posible ocupación llevándose por el contrario la defensa a las seis calles (las actuales Bárbara de la Braganza, Prim, Alcalá, San Jerónimo, Platería de Martínez y Atocha) que desembocan en esta. Incluso, cabe destacar, lejos de disponer las defensas en la confluencia de cada una con el Paseo, se llevan 50 o 100 m al interior, buscando batir

a un encajonado enemigo desde balcones y ventanas.

El plano militar muestra otra forma de valorar y comprender la ciudad, del mismo modo que los planos trazados por la Junta de Reconstrucción de Madrid (en 1940) sobre la situación de las parroquias refleja otra forma de entender el espacio urbano. Cabría hablar, cierto, de dos imágenes modernas del Madrid militar. La primera, comentando cómo –durante la ocupación francesa– las tropas imperiales que ocuparon el Buen Retiro reordenaron aquel espacio, trastocando lo que hasta entonces era lugar de Corte en un espacio definido desde criterios militares. Ciertamente que los ingenieros napoleónicos tenían un Saber urbanístico claro y preciso, reflejado en el singular número de proyectos redactados para ciudades militares en toda Europa (cabría incluso hacer referencia a este Saber en la propuesta de “ciudad militar para 100.000 personas” trazada en 1805 en Alcalá de Henares); pero ocupar el Buen Retiro era un problema de naturaleza bien distinta por cuanto que apenas se instalaron en el mismo algunos miles de soldados. Al igual que en 1854 aparecen ubicadas las barricadas, sería importante localizar donde (el 2 y 3 de mayo de 1808) se produjeron los enfrentamientos con los franceses. Y, en este sentido, la mejor referencia de que fue el Madrid militar durante la guerra civil, la facilitó el Comité de Reforma, Reconstrucción y Saneamiento de Madrid que presidiera **Julián Besteiro** al informar sobre el número de bombardeos sufridos por cada uno de los barrios de la capital. Porque si la disposición de las barricadas en el Madrid de 1854 permite comprender cuál era el centro de la población, los barrios bombardeados durante la Guerra Civil por la aviación franquista reflejan donde –para quien cañoneaba desde la Casa de Campo– estaba al enemigo y donde, en consecuencia, bombardeaba. Y no hace falta gran perspicacia para advertir como los barrios bombardeados fueron las zonas obreras del sur de la ciudad mientras que Salamanca y Chamberí apenas sufrieron ataques aéreos.

Canal de Isabel II

El tercer documento al que hago mención es un plano de 1855 en el que se muestra el anteproyecto de distribución de aguas del Canal de Isabel II en el casco



Plano de 1854.

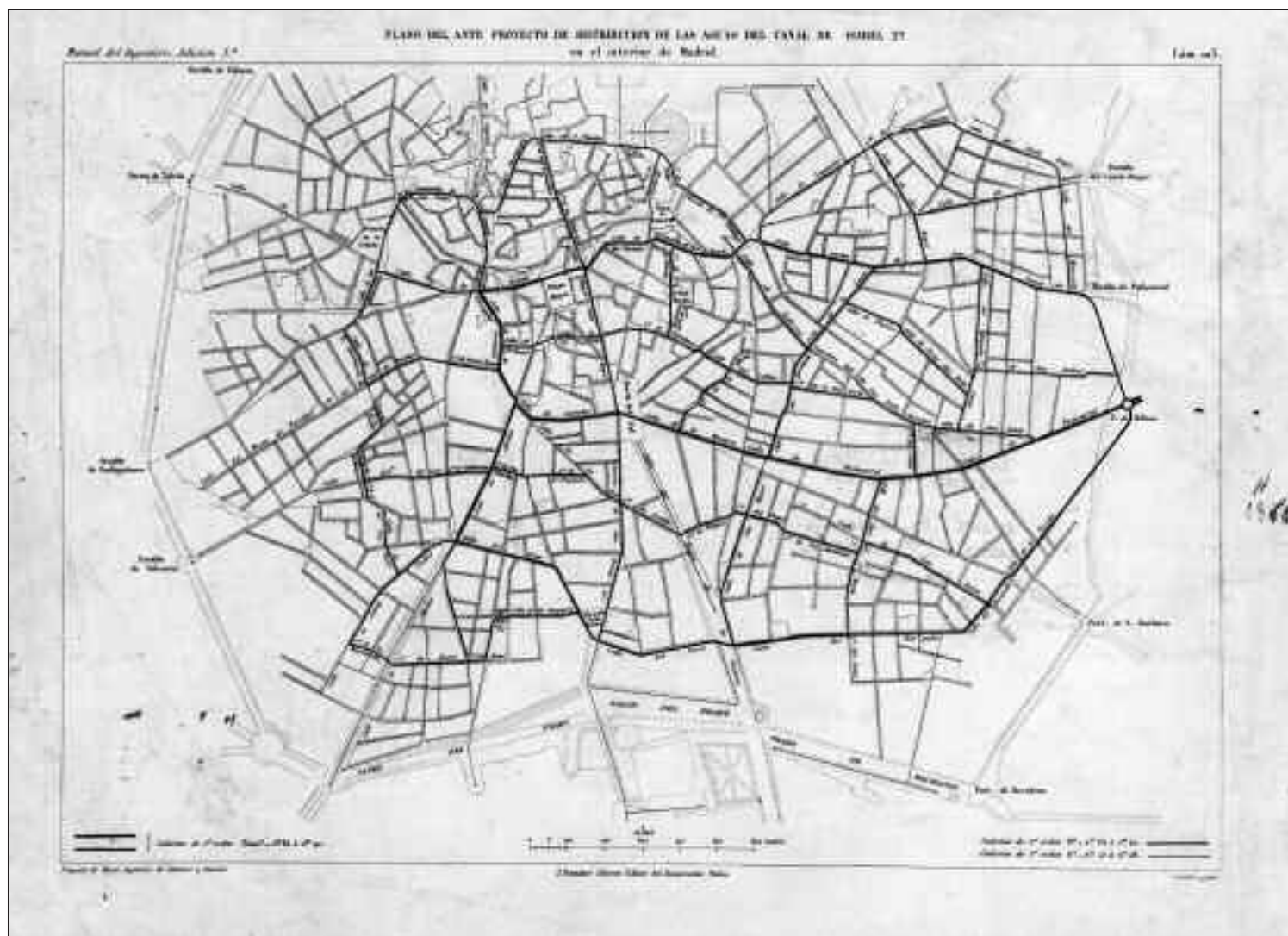
histórico de la ciudad. No es momento para hacer historia de que fue aquel primer Canal y cual su primera política: conocemos el plano de **Arce** de 1740 sobre el alcantarillado de Madrid y sabemos también de la propuesta de **Hermosilla** para construir, bajo el Paseo del Prado, una gran cloaca máxima. Pero en torno a 1850, cuando el Capital entiende la ciudad es lugar óptimo para invertir y el Gobierno posibilita importantes proyectos de infraestructura, dos de las



mayores operaciones que se llevan a término (frente a actuaciones puntuales de iluminación, alineaciones o asfaltado de algunas de las calles de la ciudad) son las que afectan la traída de aguas a las viviendas del casco y la del gas preciso para la iluminación del alumbrado público. Ambas operaciones tienen en común que una y otra deben plantearse como canalizaciones subterráneas y, lo más significativo, es que estas canalizaciones se llevan a término —desde la idea de una

cañería central de la que ramificaran otras secundarias— como un auténtico árbol. Entender entonces la estructura de este árbol o, lo que es lo mismo, comprender cuáles eran (de donde a donde iban) las cañerías de primer orden (con diámetros, se señala en el plano, de entre 0,85m. y 0,40m.) cuáles de segundo orden (con secciones entre 0,35m. y 0,20m.) y cuáles las de tercer orden (con anchos entre 0,15m. y 0,8m.) nos ofrece una visión cuantitativa de la ciudad desde criterios

de indistintas a los que tradicionalmente hemos tenido. Ciertamente que el llamado “Plans des Artistes”, trazado en los momentos de la Revolución Francesa, establecía vías de primer orden, de segundo y tercero según que unieran dos puertas de ciudad, en función que se iniciaran en vías de primer orden o dependiendo que fueran ramificaciones de las vías de segundo orden. Tomando como base el plan de 1793 —y partiendo de los supuestos de movilidad y tráfico—



Plano de 1855.

Cerdá propondría, pocos años después, su reforma interior de Madrid, sugiriendo no sólo enlazar la puerta Atocha con la de Toledo sino también unir esta con lo que hoy es plaza de España, configurando de ese modo Bailén.

El anteproyecto de distribución de aguas del canal de Isabel II valoraba la plaza de Bilbao como lugar desde el cual la gran alcantarillas central se dividían en tres cañerías de primero orden: una, discurría bajo San Bernardo, Costanilla de los Ángeles, Fuentes y Toledo; una segunda pasaba bajo Fuencarral, Montero, Carretas y Concepción Jerónima, hasta enlazar en Toledo con la anterior. La tercera gran cañería partía de la plaza

de Bilbao y buscará llegar a Barquillo, desde allí a las Cortes, alcanzaba León y remataba en Santa Isabel. Es evidente que el criterio desde el cual se trazaron las cañerías principales era la topografía de la ciudad, aprovechando la diferencia de cota existente entre Bilbao y las inmediaciones del Manzanares. Buscando la pendiente, las tres cañerías generaban a su paso un complejo sistema de cañerías secundarias y otras de tercer orden que acababan por abastecer la ciudad. Como ocurriera antes, al comentar relación militar, las referencias varían y las pautas para comprender la realidad de Madrid no son las de los monumentos o hitos arquitecto-

Imágenes de la ciudad

Hace años, al hablar de la utopía arquitectónica, recurrí a la idea formulada en los comienzos del XX por el vienés **Hugo von Hoffmanstall**: *leer aquello que nunca fue escrito*. En absoluto reclamo la utopía o la fantasía arquitectónica y si, por el contrario, otras formas de comprender y valorar que fue la ciudad. En cierta media, la verdad es que casi nada ha sido escrito: por ello nuestro cometido es buscar comprender e intentar razonar.

